

PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID:

Por un mes. 6 reales.
 Por tres id. 16
 Por seis id. 32
 Por un año. 60

La suscripcion empieza siempre en 1.º de mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION,
 Huertas, 10, principal.

Para todo lo concerniente á la Administracion, dirigirse al Administrador D. Sebastian Casellas y Segura.



PRECIO DE SUSCRICION.

EN PROVINCIAS.

Por tres meses, directamente en la Administracion. 24 reales.
 Por comisionado. 26
 ULTRAMAR Y ESTRANJERO, un año, 6 pesos.

La suscripcion empieza siempre en 1.º de mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION,
 Huertas, 10, principal.

No se sirve suscripcion cuyo importe no se haya recibido en esta Administracion en letra ó sellos de franqueo.

GIL BLAS,

PERIÓDICO POLÍTICO SATÍRICO.

GIL BLAS suplica á los señores suscritores de provincias, cuyo abono termine en fin de febrero, se sirvan renovarlo oportunamente.

El medio mas sencillo es remitir su importe en una libranza sobre el giro mútuo, ó en sellos de franqueo.

TRIUNFO PARLAMENTARIO

DEL SEÑOR GONZALEZ BRABO.

El discurso del ministro de la Gobernacion se divide en dos partes, en tres partes, casi en cuatro partes. (Estilo de S. S.)

La primera no es muy buena que digamos; pero las que le siguen ya son algo peores.

No quiero privar al público de este notabilísimo discurso, que es el acontecimiento de la semana.

Hé aquí la sustancia.

El Sr. ministro de la Gobernacion.—Señores diputados, en el fondo de mi pecho, hácia el lado izquierdo, siento una voz que me grita: ¡tú eres moderado! Sí, moderado como Narvaez, moderado como Arrazola, moderado como Benavides, moderado como Barzanallana. Pero al propio tiempo, otra voz, hácia el lado derecho, me grita: ¡tú eres liberal! Si, liberal como Barzanallana, liberal como Benavides, liberal como Arrazola, liberal como Narvaez.

Esta es la historia del partido moderado. Volved atrás los ojos, mirad luego esa mayoría moderada, y decid si esto no es una bendición de Dios. Allí un general, aquí un banquero, más allá un capitalista de ayer, acullá un director, luego un cunero, dos cuneros, veinte cuneros... ¡Ah, señores diputados, esto se llama amar la libertad!

Ayer éramos pobres y humildes, hoy ricos y soberbios. ¿Queréis mas datos? Pues bien: todos vivimos del presupuesto. Decid ahora, si os atreveis, que este no es el partido moderado. (*Señales de aprobacion.*)

Contestaré á los cargos que se han hecho al gobierno por los señores Silvela, Aparisi y Posada Herrera: tres piés para un banco.

El primero se ha ocupado de la cuestion de Hacienda: no entraré yo en ella; pero sí entraré, porque ahora recuerdo que necesitamos dinero.

La cuestion de Hacienda, señores diputados, es una cuestion que trata de la Hacienda pública en estos términos: yo como, tú ayunas. Nosotros comemos, vosotros ayunais. No hay tercera persona, ni hace falta.

¿Y qué diré, señores diputados, de la elocuente peroracion, de la sabrosa plática, de la frase castiza del señor Aparisi, que tan bien maneja la hermosa habla castellana?

¡Ah, que Sr. Aparisi tan delicioso! No encontraré otro Sr. Aparisi en los dias de mi vida, aunque lo busque con un candil.

Todo lo que él dice es cándido, todo lo que él dice es bello, todo lo que él dice me hace mucha gracia,— porque no me hace daño.

¿De dónde ha salido el Sr. Aparisi? El lo ha dicho: de Valencia, Valencia la hermosa, hoy Valencia la malhadada, de la histórica Valencia. ¡Ah, qué Valencia, qué Sr. Aparisi y qué discurso!

El diputado por Serranos ha querido jugaros una partida de su distrito, intentando echarnos á todos á la calle.

¡Y con qué inocencia, y con qué frescura ha dicho el Sr. Aparisi: Ea, caballeros, todos á la calle, que ahí detrás viene el casero, como en el sainete *La Casa de Tócame Roque!* (*Volviéndose á Narvaez como quien dice: ¿He dicho algo?*)

Ahora voy á contestar al Sr. Posada Herrera. ¿Pero no os acordais, señores diputados, que el Sr. Posada Herrera inventó las causas de real orden, quemó los libros é hizo unas elecciones que casi pueden compararse con las mias? Pues con esto queda contestado el Sr. Posada Herrera.

Señores diputados, dentro de poco tendré el honor de presentaros mi proyecto de ley de imprenta, que es tan liberal como pudiera desearlo el Sr. Rivero. Esto último lo digo y lo repito, aunque dicen algunos que no es verdad.

Yo suprimo el editor y someto la prensa á los tribunales ordinarios. Todos los ministros moderados han pretendido, con un pretexto legal, matar la libertad de imprenta: yo voy á conseguirlo. Apuntábais con un cañon, y yo con un alfiler voy á ser el verdugo del pensamiento. (*Volviéndose á Narvaez, como quien dice: ¿He dicho algo?*)

Voy á entrar ahora en una cuestion que echa chispas.

Mi querido amigo, mi ilustrado compañero el señor Valera ha defendido la legalidad del partido democrático. (*Silencio, atencion en las tribunas.*)

El Sr. Valera no es de los que hablan para pensar, sino de los que piensan antes de hablar: por consiguiente, el Sr. Valera ha pensado. Yo tambien he pensado y voy á desentrañar esa cuestion, que constituye un principio capital en el dogma de la fé en conserva, ó conservadora, como mas convenga.

Ante todo, debo advertiros que yo no sé quién soy. Y no sé quién soy, porque estoy aquí, y sé quién soy.

Yo puedo deciros, señores diputados, como el héroe de aquel cuento que todos sabeis:—Buscadme allí en frente. ¿No estoy allí? Pues entonces soy yo, es decir, soy ministro sin deber serlo. Por eso no sé quién soy, aunque estoy aquí, ó por lo mismo que aquí me encuentro. Cuestion de ser ó no ser.

Esto es tan claro como lo que viene detrás. El Sr. Valera, que es un sábio tímido, dijo que el partido democrático es legal, mientras obra dentro de las leyes.

Señores diputados, hay dos clases de legalidad, y oid esto con atencion, que tiene tres bemoles:

Un demócrata puede legalmente andar por la calle, vestir frac y corbata blanca, comer garbanzos, y hasta ir á la Fuente Castellana. Esta legalidad la reconocemos todos. (*Señales marcadas de aprobacion.*)

Pero que los demócratas puedan reunirse, tratar de asuntos políticos é ir con nosotros á la fonda.... No; esta legalidad no la reconoce el gobierno.

Véase cómo lo dicho por el Sr. Valera no está en contradiccion con mi modo de ver las cosas, con el alto criterio, con el severo juicio que el gobierno aplica á todas las doctrinas de la fé conservadora, ó en conserva, como mas convenga.

De este modo, señores diputados, ni el Sr. Valera hace dimision, ni los de *El Contemporáneo* se van; ni yo dejo de ser ministro, que es lo que interesa á que tiene el honor de molestar vuestros oidos con torrentes de palabras.

He dicho.»

LUIS RIVERA.

COSAS DEL DIA.

Hace algunos dias bulle en mi cabeza un pensamiento, que lo mismo puede conducirme al Saladero que á la inmortalidad:

Volverme carlista, y salir por esas calles á dar voces subversivas, como se está verificando en varios pueblos de España con escandalosa frecuencia.

Solo una dificultad se me ocurre: qué clase de voces serán las que puedan alarman al público, despues de las que todos los dias se están oyendo en el Congreso.

Tengo una que quizá me daría resultados; pero que hoy por hoy no se puede pronunciar sin esponerse cuando menos á una silba.

Esta voz es la de:—¡anticipo!

—¿Lo ven Vds.? No he hecho mas que indicarla, y ya creo percibir el ruido de las puertas que se cierran, de las paredes que se abren, y de los ojos que se entornan, como queriéndome decir con un significativo guiño: *no te antes.*

No sé qué tiene esa palabra, pero ello es que debe simbolizar algo muy grave, cuando la mayoría del país la ha tomado á risa.

La otra noche, en una reunion, á la cual asisten hombres políticos de todas clases, excepto neo-católicos, que jamás van donde haya luz, propuso un señor mayor el siguiente problema:

—¿En qué se parece el anticipo á la tragedia de Ventura de la Vega?

—Toma, contestaron todos á un tiempo, en que no se hace.

Y esto no solamente lo cree el vulgo, sino que el gobierno ha acabado por creerlo tambien.

Yo no sé si saben Vds. que en el teatro Real se ha cantado últimamente el *Hernani*.

Pues bien; el día del estreno, Narvaez y Barzanallana se encontraban en un rincón de su palco. En el momento en que Carlos V, con aquella pujante voz que ya no suelen tener los reyes, dice dirigiéndose á Silva:

Lo vedremo, vecchio audace,

Barzanallana y Narvaez se miraron, y el primero dijo sonriendo al segundo:

—Don Ramon, eso va con Vd.

—Lo creo; pero si alude al anticipo, se me figura que no tiene razon. A mas, yo no debo estrañar nada tratándose de Carlos V, pues sabe bien que soy el mismo de la Mancha.

Malas lenguas añaden que dijo la última frase en plural. Verdad es que, como Vds. no ignoran, hay dos clases de Manchas, la alta y la baja.

Otra palabra subversiva se me ocurre en este momento; pero está ya tan desacreditada, que temo si la pronuncio, hacerles á Vds. bostezar. Gracias á que la tal palabra es de aquellas que se pronuncian por sí solas:

—Encíclica.

¡Vaya si tiene intrínquilis la palabreja!

Dígalos si nó el escándalo armado últimamente en Cádiz, sobre este asunto, por el célebre padre Morote, que mejor debería llamarse Cristianote, y que á juzgar por su estilo y erudicion pudiera llamarse tambien Literatote, ya que no otras muchas cosas acabadas en ote.

Y á propósito: si es verdad, como se ha dicho, que la tertulia progresista piensa establecer premios para los que mas se distinguen en las lecturas en alta voz, le recomendamos desde ahora este individuo, que lee de tal modo, que es lástima que el gobierno no pueda oírle.

¡Pero ya se vé, harto trabajo tiene con la obligacion de oír á Nocedal y á Posada Herrera, que son un par de jesuitas, que ya!

Además, el gobierno está acostumbrado á oír toda clase de voces subversivas, desde la de la necesidad á la de la conciencia, y no es cosa de que se incomode por voz mas ó menos.

Ahora mismo ha empezado á correr una voz, que no se puede decir mas que corriendo. Echense Vds. á pensar, y de seguro tropezarán con ella á la vuelta de alguna esquina. Es una voz que no se sabe si viene de las alturas; pero que acaso vá hácia ellas; que es apagada todavia, y ya alumbra; que recorre todos los tonos, desde el *mi* grave hasta el *la* sobre agudo; una voz, en fin, que se da y no se toma, aunque muchas veces se deja.

Yo no sé si aludiría á esto un sugeto que me encontré ayer en las Cuatro Calles, y me dijo lleno de inquietud:

—Amigo mio, ¿será cierto, como se murmura, que estamos *abocados*?...

—No, señor; nada de eso, le interrumpí; á *bocados* estábamos ya hace mucho tiempo; lo que estamos de pocos días á esta parte es *con el credo en la boca*.

M. DEL PALACIO.

NO HAY ARTÍCULO.

Sr. Director del GIL BLAS.

No hay artículo, ni es posible que lo haya.

Yo tenia pensado escribir á Vd. sobre la encíclica, es decir, contra la encíclica; pero he visto la declaracion de que todo su contenido es pura teología, y desisto desde luego de mi empeño.

Puse mis ojos en el empréstito, deseoso de combatirle, fundándome en que la nacion estaba pobre, y cuando ya me hallaba con el calorito suficiente para el caso, leo en *La Correspondencia*:

«*Los edificios públicos y fincas rústicas de esta corte, eventos de contribucion, representan una cantidad de setecientos ochenta y nueve millones de reales.*»

Esta noticia me paró y aun estuve dudando de si sería una broma de algun mal intencionado, de modo que casi estaba por no tomarla en cuenta y proseguir afirmando que éramos pobres, cuando leyendo con mas detencion, veo que el citado periódico dice:

«*Las iglesias y conventos de esta corte por sí solos representan un capital de doscientos siete millones (¡oiga!), el Palacio Real representa ciento treinta millones.*...»

Hágame Vd. el favor de decirme, en vista de tanta riqueza, quién es el guapo que se atreve á arrostrar el ridículo de sostener que no tenemos dinero para pagar el anticipo: imposible.

Ocurrióseme entonces todo lo contrario: escribir un

artículo muy sensato, muy patriótico, y muy de hombre de orden, sustentando la agradable tesis de que estábamos nadando en oro; de que debíamos apresurarnos á pagar, sin dar tiempo siquiera á que el proyecto se discutiese, y salgo inmediatamente á recojer datos.

¡Tarea inútil! De mis investigaciones resultó que todos los pueblos de España andan pidiendo limosna. Unos entretienen el hambre con sopas económicas; otros reciben lo que la caridad de los magnates les envía, y lo devoran en veinticuatro horas: todos piden; todos claman....

¿Qué hacer, ni qué pensar siquiera?

Andando á la rebusca de mi asunto, me encontré con que en Madrid mismo se estaba procesando á un padre de familia, cesante del ramo de correos, cuyo padre dejó á un hijo suyo abandonado á merced de personas estrañas, por no tener pan que darle.

Creí haber hallado una excelente ocasion para escribir algo declamando contra los padres de familia que se entregan al hambre y á la cesantía, y para ponderar al mismo tiempo las virtudes de aquellos que con buen seso, y plausible resolucion, van de destino en destino haciendo su huchita, permaneciendo siempre fieles á todos los gobiernos.

Ya estaba yo tan satisfecho. Busqué un amigo muy inteligente para consultarle, y me atajó, diciendo:

—¿Sabe Vd. la gran novedad? Vd. que es periodista, debería aprovecharse de ella.

—Pues, ¿qué es ello? le pregunté.

—Que D. Juan Valera vá á hacer dimision.

—¡Hombre!

—Sí, señor. Ha cometido la imprudencia de sostener que la democracia es un partido legal, y como usted comprende, estas ideas son incompatibles con la agricultura, de cuyo ramo es director aquel. Ha habido grande reyerta. Narvaez está que trina. Detrás de la dimision de Valera irá la de Alvareda: *El Contemporáneo* se declarará de oposicion; y como es consiguiente, todos sus redactores quedarán cesantes. De ahí vendrá la gran lucha entre las dos fracciones, ó mejor dicho, tendencias en el seno del gabinete. El Casino, el Ateneo, y hasta el Congreso arderán en discusiones políticas, y es posible que veamos cosas grandes.

—Excelente asunto para mi artículo, dije yo. Voy á escribirle.

Vuelvo á mi casa, tomo un periódico ministerial para enterarme bien, y leo:

«El Sr. Valera no hace dimision, como hubo empeño en hacerlo creer. Todos los exajerados augurios de estos dias se han desvanecido como una nubecilla.»

Aquí perdí la paciencia y el tino. El tiempo apremiaba; y para desengañar á Vd. oportunamente, he resuelto pedir á Vd. mil perdones, y explicarle en conciencia por qué no hay artículo.

ROBERTO ROBERT.

IDEAS SUELTAS.

I.

Que Luis Bonaparte es un caballero, cosa es de que todos estamos convencidos.

O si no, que lo diga el general Concha. Nadie mejor que él debe saber los puntos que calza el amigo de *Orsini* y de *Grecco*.

Cuando Luis Bonaparte dijo al general Concha: *De la reina de España depende.... etcétera*, seguro estoy de que se daría cierto aire de taco.

Peró.... no nos alejemos del asunto.

Luis Bonaparte es un caballero. Esto es innegable. Monta á caballo; se dá cosmético en el bigote; va á la ópera, y fuma de lo caro.

Prohibió que circulará en Argel *La Discusion*. Prohibió luego las reuniones de los socios de San Vicente de Paul en Francia, y hace poco ha prohibido la encíclica del Papa.

Por consiguiente, el Papa, los paulinos, los redactores de *La Discusion*, los neos, los liberales, todos debemos estar contentos.

¿Me esplico?

II.

Figúrese el curioso lector una caldera grande, muy grande, puesta al fuego.... de cuatrocientos ó quinientos obuses.

Figúrese que en ella van echando todas las naciones patatas, arroz, tomates, pollos, pimiento picante, en una palabra, de todo lo que se puede echar en una caldera, para hacer lo que los valencianos y el señor Aparici llaman un *paella*.

Pues ahora, figúrese el curioso lector que Luis Bo-

naparte mete su cuchara, prueba el guisote, le gusta, se atraca.... y ¡cataplum! revienta como una bomba.

¿Me voy explicando?

III.

Puestas á fuego lento en la caldera Italia, Argelia, Inglaterra, Polonia, Méjico, los Estados del Papa, hasta España, si se me apura, darian por resultado un plato delicioso y digno de la mesa de un emperador.

Y este plato, ¿no podría producir una indigestion imperial?

Y este plato, ¿no podría ser una conspiracion universal de legumbres?

Allí, en la caldera, cayeron por fuerza el rey *Potata*, la princesa *Coliflor*, el infante *Repollo*, el monarca *Peregril*.... todos se vieron en un punto destinados á la mesa del coloso.

¿Cuántos médicos tiene V. M. I.?

¿Se acuerda V. M. I. de 1848?

Tambien entonces pudo tener V. M. I. una indigestion de las de padre y señor mio; pero su estómago entonces estaba mas fuerte, y las cosas no estaban tan en sazón como hoy pudieran estarlo.

Entonces todos esos ilustres magnates-hortalizas no estaban hostilizados por el gusanillo de la deuda y el pueblo no salía al campo para segarles la cerviz.

¡Cuidado, cuidado, cuidadito!

¿Me parece que me esplico, eh?

IV.

En un escaparate de una tienda he visto un curioso mapa, que por lo digno de estudio merece el honor de que todo el mundo lo compre.

Sí, todo el mundo. Esta es la palabra. Todo el mundo está aludido en aquel curioso mapa.

No hay en él Pirineos. No hay Rhin. No hay muchas Italias; solo hay una, pero pegada como con alfileres á Francia. En fin, aquel mapa

parece un jardín de flores, todo lleno de remiendos de diferentes colores.

Como la capa del estudiante.

Pues bien; ese mapa que (Dios me libre de un mal pensamiento) parece que ha sido dibujado por Napoleón el III; ese mapa, que, segun en él puede leerse, representa al mundo tal cual estará distribuido dentro de pocos años, me ha puesto triste.

Me ha puesto triste, porque yo siento mucho que Napoleón se lleve un chasco.

Y ahora una pregunta suelta. ¿El imperio es la paz? ¿El imperio es la espada? El caricaturista *Cham* me ha hecho concebir esta duda.

Yo creo que el imperio ni es la espada, ni es la paz. El imperio es *La vida de Julio César*.

Me esplicaré.

V.

Una nueva comparacion, con perdon de Vds.

Un crítico, un mal crítico, un crítico por sistema, escribe todos los dias en todos los periódicos contra todo el mundo. Hace daño á todo el mundo.

Todo el mundo se declara contra él.

Esto no obstante, la fama llega á decir que aquel hombre tiene talento.

Este hombre se ve perdido, odiado de todos los que le rodean, aborrecido, acosado, al borde del abismo, á las puertas de la muerte.

Se quiere salvar.... discurre, calcula, y se salva.

Hé aquí cómo. Aprovechando su popularidad, que, buena ó mala, la tiene, escribe un libro.

Todo el mundo lo compra. Mi hombre vende diez ediciones, da el producto de la obra á los pobres para acreditarse de benéfico y quiere respirar. Ahora bien, y hablando de otra cosa: ¿saben Vds. que Luis Bonaparte va á publicar un libro titulado *La vida de Julio César*?

Compraré el libro. El autor tiene mucha intencion. Mucha.

VI.

Italia, Grecia, Argelia, Méjico, Polonia, amigas mias, ¿estais buenas?

¿Qué noticias teneis de Luis Bonaparte, nuestro comun amigo?

¿Es cierto que estais delicadas y que pensais *levantaros*?

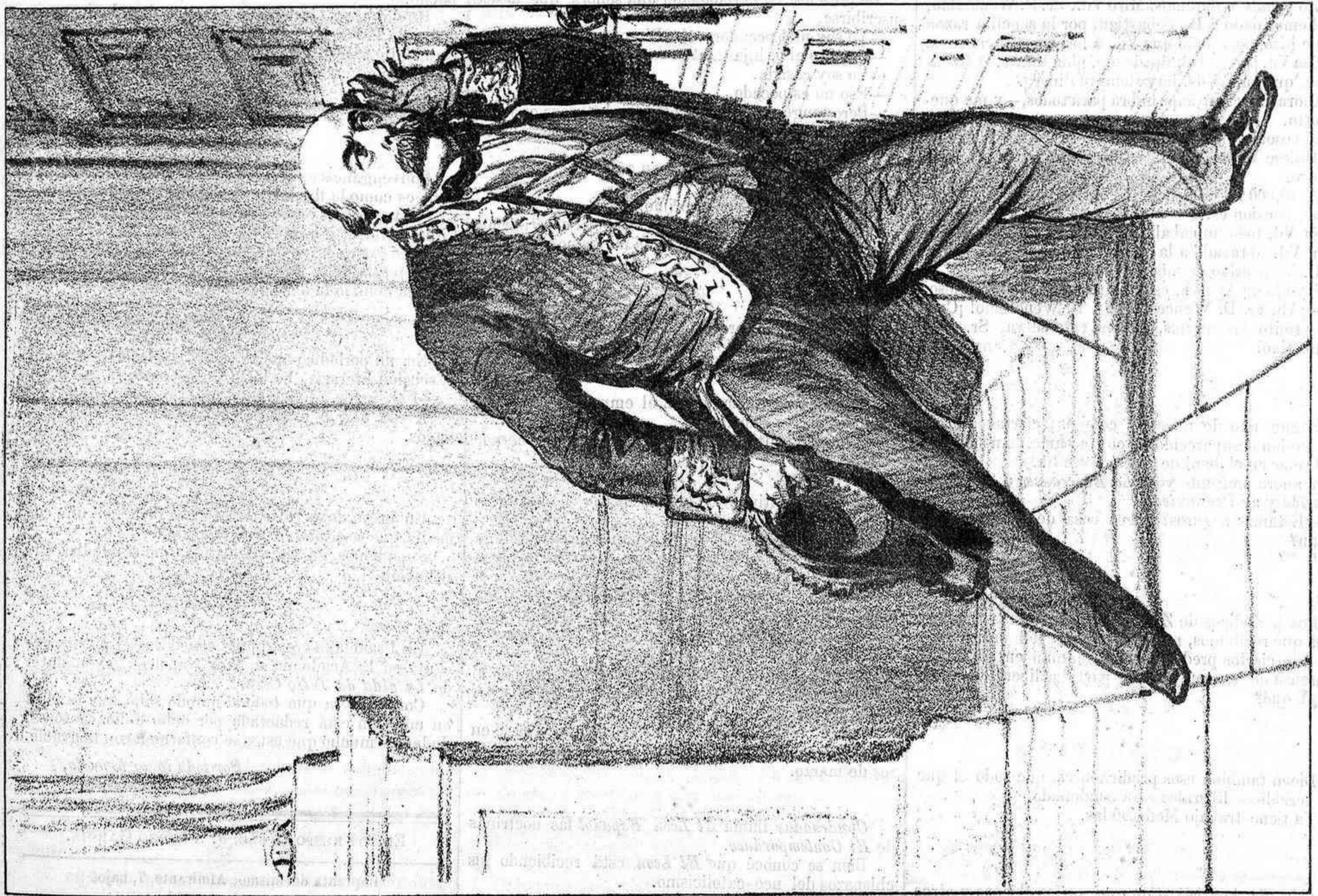
¡Sois unas monarquías tan delicadas! No hagais excesos. Tiempo queda.

Aliviaos, aunque solo sea de peso.

¡Ah! Si yo pudiera gritar, ¡vivan los imperios!

Pero no puedo. Estoy ronco.

EUSEBIO BLASCO.



— Quien llama? ¡¡ La Revolution, — Aguarde V. un poco; voy a ponerme un traje de nacional



APARICI Y GUIJARRO — ¡ La revolucion llama á la puerta!

¿SERÁ VERDAD?

Acabamos de recibir la siguiente carta, y esperamos que los diarios ministeriales den alguna explicación sobre un asunto que tanto interesa á nuestros soldados en Santo Domingo:

«Señor director del GIL BLAS:

Muy señor mío: Participo á Vd., para su satisfacción, que es cosa resuelta el difícil asunto de Santo Domingo. El gobierno ha encontrado por fin la fórmula de que nuestro ejército abandone la isla, pero *sin evacuarla: con dejarle morir allí de muerte NATURAL, está todo arreglado.* El batallón de «Cádiz», de Puerto-Rico, de guarnición en Samaná, cuenta ya cerca de 600 *entre muertos é inútiles!!!* Así se concilian todos los intereses.

De V. afectísimo seguro servidor, etc.»

CABOS SUELTOS.

Venga Vd. acá, Sr. D. Wenceslao María Sierra. ¿Con que se va Vd. á mamar 40,000 rs. de pension y 46,000 duros de atrasos? Pero, D. Wenceslao de mi alma, ¿quién es Vd? Tiene Vd. un modo de darse á conocer que me río yo, Sr. D. Wenceslao. Supongo, Sr. D. Wenceslao, que es Vd. un hombre de orden. Me lo están diciendo esas 40,000 razones de á real que pide Vd., mi querido Sr. D. Wenceslao, para vivir con algun desahogo. ¡Caramba con D. Wenceslao!

Ajustemos cuentas, Sr. D. Wenceslao, ya que no es Vd. rana para pedir. Vd., Sr. D. Wenceslao, fué oficial del ministerio de Estado, y luego sirvió á D. Carlos. ¡Admirable, Sr. D. Wenceslao! Los 46,000 duros de atraso serán por el tiempo que estuvo Vd. en la facción; ¿no es esto, Sr. D. Wenceslao? Pues nada mas justo, respetable Sr. D. Wenceslao, nada mas justo. Eso y mas le daremos. Mire Vd., Sr. D. Wenceslao, más hemos dado á D. Sebastian, por la sencilla razon de que hizo mas daño que Vd. á los constitucionales. Pida Vd. por esa boquita de oro, pida Vd. Sr. D. Wenceslao, que para Vds. hay siempre dinero. Ahora con el anticipo habrá para todos,—y me quedo corto. ¡Si nosotros no deseamos otra cosa que servir á Vds. ¿Quiere Vd. 46,000 duros de atraso? Hombre, qué poquito. ¿Y 40,000 rs. de pension? Pension es, Sr. D. Wenceslao, pension es. Es Vd. todo un caballero, Sr. D. Wenceslao. Ya le veo á Vd. abrazado á la pension con sin igual cariño, Sr. D. Wenceslao de mis entrañas. Si yo fuera Aparisi, esclamaría con tono lacrimoso: —¡Ah, Sr. D. Wenceslao, Sr. D. Wenceslao! ¡Coja Vd. pronto los cuartos, porque esto se va, Sr. Don Wenceslao!

Segun uno de nuestros colegas, ciertas alhajas que habian desaparecido de cierta parte, han sido encontradas en el baul de cierta cofradía. Y ahora pregunto yo á *La Esperanza*, á *La Regeneracion* y al *Pensamiento*: —¿Estamos seguros? ¿Será cosa de abrocharse el gaban?

Los periódicos de Zaragoza, y las cartas particulares que recibimos, nos dan cuenta del entusiasmo con que ciertos predicadores declaman en contra de la prensa de Aragon y de los partidos liberales. ¿Y qué?

Dicen tambien esos predicadores, que todo el que lea periódicos liberales está condenado. Ya tiene trabajo Mefistófeles.

¡Ah! ¡Sr. Aparisi! ¿Con que varios obispos y otros individuos del mismo jaez han recibido una carta, en

la que se les dice que suelten los cuartos para ayudar á los ex-carlistas? ¡Ah, qué carta! ¡Ah, qué carlistas!

Indudablemente el Sr. Alcalá Galiano es el primer mímico de la compañía moderada.

Se le acusa en pleno Parlamento de haber asentado con su firma frases enteramente opuestas á las que ahora suele decir, y contesta que muchas veces firma el hombre sin saber lo que hace. ¿Quién es el que no se equivoca nunca?

Temiendo estoy que un dia se equivoque el venerable anciano al firmar un nombramiento de un amigo suyo, y en lugar de poner Antonio Alcalá Galiano, ponga con mucha gravedad: *El gran Apóstata.*

Al saber Don Ramon que se iba á estrenar en la zarzuela una comedia titulada *Las riendas del gobierno*, llamó á dos guardias veteranos y les dijo:

—Ustés van á tratar, ¿estamos? y á la menor circunferencia política que tengan los cantaores, mandan ustés que abajen el telon. ¡A mí no me lleva nadie por las riendas!

En los estancos de Barcelona no ha quedado ni un grano de pólvora.

Naturalmente. ¿Para qué sirve la pólvora en los estancos?

Los tenedores,—ó cucharas,—de la deuda de Don Carlos no pierden la esperanza, porque esto nunca lo pierde un hombre, y mas si es carlista.

Ofrecen grandes ventajas á los tontos que les adelantan dinero.

Ventajas para el dia de mañana, que no llegará nunca.

Los *nenes* piensan pagar con el importe del valor de todos los bienes nacionales.

Estas gentes se parecen á los judios en que siempre están esperando el Mesías.

A propósito: se nos dice que Mr. Mirés está muy interesado en este asunto.

¿Sabrá algo de esto Don José de Salamanca, que es amigo de Mr. Mirés?

Hé aquí las últimas noticias que trae la prensa extranjera:

Se va á fundar en Roma un periódico titulado: *Diario de la Inmaculada Concepcion.*

Estará dirigido por un neo, y ofrece á los suscritores como prima un mes de indulgencia.

Se presenta en la redacción una señora que desea suscribirse.

—Yo soy una pecadora, Sr. Director.
—¿Qué es ello, hija mia?
—Yo soy casada.
—Eso no es pecado.
—Pero tengo un primo capitán de dragones que me persigue con sus galanterías... y como el fuego junto á la estopa....
—Basta: suscribase Vd. por un año.
—Muchas gracias.
—Y deje Vd. de ver al primo.
—Se me ocurre una idea. ¿No será mejor suscribirme por dos años y continuar viendo á mi primo?
—¡No, eso es imposible!

El dia 15 se abrieron las Cámaras francesas. Napoleon pronunció un discurso, en el que dijo: *Francia puede entregarse sin recelo á sus trabajos de paz.*

Siempre que habla de paz el emperador francés, no anda lejos la guerra. Al mundo político no le llega la camisa al cuerpo.

El martes último, fué el aniversario de los fusilamientos de Alicante.

El gobierno lo celebró haciendo ir á la una de la noche la oficialidad á los cuarteles, y tomando otras varias precauciones, entre ellas la de dispensar de la clase á los estudiantes, con el pretexto de que tenia muy buenas noticias del Perú.

Sin embargo, *La Correspondencia* asegura que el gobierno no teme que hoy, ni mañana, ni á fin de mes pueda turbarse el orden público.

Vea Vd. por dónde si yo fuera rico, y tuviera fé en *La Correspondencia*, no saldria de Madrid hasta primeros de marzo.

Condenadas llama *El Leon Español* las doctrinas de *El Contemporáneo.*

Bien se conoce que *El Leon* está recibiendo los chispazos del neo-catolicismo.

No sabemos qué pensará la gente del *Leon Español*; en cuanto á nosotros, desde su aparición lo hemos tomado como cosa de juego.

Dícese que en la última conferencia que el Sr. Alvareda celebró con el ministerio, se despidió de sus antiguos amigos, repitiendo aquella frase tan popular en Andalucía.

—Caballeros, que no *haya*.... Posteriormente el Sr. Alvareda ha querido hacer dimision de su cargo.

El Sr. Alvareda puede, en medio de todo, tener un consuelo: si pierde la Holanda; Felipe II la perdió tambien.

Segun algunos periódicos indican, el consumo de pólvora tanto en provincias como en Madrid ha sido en lo que va de mes extraordinario.

No nos estraña, sobre todo cuando segun noticias recientes, la langosta ha invadido algunos pueblos de la Peninsula.

Y á propósito de pólvora: ¿no podria suceder que el gobierno hubiera anunciado el anticipo solo para aumentar los productos de esta renta?

De Guadalajara escriben que ha estado allí el general carlista Cabrera, y que visitó en Espinosa la fábrica de harinas.

¡Bonita ocasion para haberle pillado con las manos en la masa!

Otro carlista, Alcanadre, para un fin, que á Dios no cuadre, vino, como todos vienen: ¿no han de venir cuando tienen en Madrid á su compadre?

MENESTRA.

El Sr. Gutierrez de Alba, autor de la revista 1864 y 1865, por cuestion de dinero ha reñido con la empresa del Circo que le daba por su obra el máximo del tanto por ciento cuando el Sr. Alba pedia el doble.

El otro dia, un autor dramático, el Sr. Nuñez de Arce, se quejaba de la empresa de la Zarzuela por que le ofrecia por su obra menos del tanto por ciento acostumbrado.

Todos los autores dramáticos dieron la razon al señor Nuñez de Arce en contra de una empresa que paga las obras segun los resultados materiales del despacho.

Hoy el Sr. Gutierrez de Alba, imitando la conducta de la empresa de la Zarzuela, pide doble tanto por ciento; y si su obra no hubiera gustado, se quejaría amargamente de la empresa que intentase rebajárselo.

Señor Gutierrez de Alba, ni tanto ni tan poco.

Convengamos en que la revista del Sr. Gutierrez de Alba es como la flauta que tocó por casualidad.

Convengamos en que su autor, incomodado con el Circo, la retira y la lleva á otro teatro.

¿Qué teatro es ese que la acepta? El teatro de la Zarzuela, el mismo que no quiso hacerla cuando la obra no era aun conocida.

En un periódico que se vende por las calles, y en la seccion literaria, he leído lo siguiente:

—*Ves*, y dile á fulano, etc. etc. A ese *ves*, ó le sobra una *s* ó le faltan unos anteojos.

En breve debe estrenarse en el Príncipe una comedia que se titula *La Gallina ciega.*

Suponemos, en vista del título, que se aludirá á la situacion.

En Francia se cree que se concederá el puesto vacante en la Academia á Luis Napoleon, como autor de *La vida de Julio César.*

Como quiera que todo el mundo sabe que la obra en cuestion está redactada por ocho ó diez autores, dudamos mucho que estos se conformen con la gracia.

Por todo lo no firmado,
EUSEBIO BLASCO.

EDITOR RESPONSABLE, J. ANTONIO GARCIA.

Imprenta del mismo, Almirante, 7, bajo.
MADRID.—1865.